

Rafael Álvarez Avello

QUIÉN SUJETA EL CIELO



RAITAN EDICIONES

Rafael Álvarez Avello

¿Quién sujeta el cielo?

Hablando a mis hijos de Dios
y su ternura

Título original: *Quién sujeta el cielo*
Primera edición: Diciembre 2019

© De esta edición: raitán ediciones
© Rafael Álvarez Avello

Diseño de cubierta: Luis Guridi y Rafael Alvarez Avello
Fotografías de portada y contraportada: Hesam Movafaggh (instagram: h.movafaggh)
© del diseño de cubierta y de las fotografías de portada y contraportada: Rafael Álvarez Avello

ISBN papel: 978-84-947075-4-4
ISBN epub: 978-84-947075-5-1
Depósito legal: M. 36.969-2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Rafael Alvarez Avello. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Imprime: Safekat, S. L.
Laguna del Marquesado, 32 - Naves J, K y L
Complejo Neural - 28021 Madrid

Realizado en España (UE)

A mis hijos: Belén, Hernán y Juanma

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: ¿Quién sujeta el cielo?	13
1. ¿Quién sujeta el cielo?.....	15
2. Tierra Santa.....	17
3. La pequeña historia de mi conversión.....	21
4. La ternura	25
SEGUNDA PARTE: Tener fe es dejarse amar	29
1. ¿Y si no fuera tan complejo?	31
2. La risa	35
3. El Dios familiar	39
4. El equilibrio inestable: amar y poder negar el amor	41
5. Pedir perdón.....	47
6. Un pequeño resumen con una pequeña divagación	53
TERCERA PARTE: ¿Y si hablamos un poco de Cristo?	57
1. La mirada de Cristo ¡quién la tuviera!	59
2. Getsemaní: el Huerto de los Olivos. Una defensa del Dios hombre.....	63
3. La fuente de la vida	69
4. ¿Cómo rezar?.....	73
5. La eucaristía: el Dios vivo	77
CUARTA PARTE: ¿Se puede sentir a Dios?	81
1. Fijaos en vuestro amor.....	87
2. Contemplad el amor	91
3. Contempladlo en cada una de sus obras	93
4. Encontradlo en vuestro amor motor: el que os hace levantaros cada día.....	97
5. Encontradlo en vuestra vida, en vuestra propia historia.....	101
6. Encontrad vuestra alma desnuda	107
QUINTA PARTE: CONSEJOS DE PADRE	113

ANEXOS	123
1. LO QUE NOS APARTAR DE DIOS	125
1.1. Dios y el pecado	127
1.2. La moral.....	135
1.2.1. El problema de la religión y la moral.....	139
1.2.2. ¿Qué normas hay que cumplir para alcanzar la felicidad?.....	141
1.2.3. El buen moralista.....	145
1.3. El sufrimiento	149
1.3.1. ¿Por qué existe el sufrimiento?	149
1.3.2. El sufrimiento y el misterio.....	151
1.3.3. La decisión	153
1.3.4. Los distintos tipos de sufrimiento	153
1.3.4.1. El sufrimiento-tragedia-escándalo	154
1.3.4.2. El sufrimiento-maldad	161
1.3.4.3. El sufrimiento-banalidad-estupidez.....	162
1.3.4.4. El sufrimiento-aprendizaje-ciclo.....	168
1.3.4.5. Como conclusión personal.....	170
2. QUERRÍA DEFENDER A LA IGLESIA	173
3. ¿QUIÉN SUJETA EL CIELO?	177

PRIMERA PARTE

¿Quién sujeta el cielo?

1

¿Quién sujeta el cielo?

—Papá ¿quién sujeta el cielo?, me preguntó asustado uno de vosotros a los tres años, mientras cenaba.

—Anda, cómete la croqueta —sólo pude contestar después de pensarlo.

—¿Pero quién lo sujeta?

—Mira, mira el avión —le dije mientras hacía volar la croqueta con el tenedor y él abría la boca con un automatismo.

Siempre le miraba incrédulo ante su voracidad, la forma alegre que tenía de engullir cualquier comida, quejándose si pasaba mucho tiempo entre cucharada y cucharada, con tanta fruición que a menudo sonreía al comer.

—Todos los hombres somos iguales —pensé—, ante la angustia existencial nos gusta lo tangible, lo físico, algo que podamos entender y comer a ser posible.

—Curioso —pensé también— que mucho se haya estudiado sobre la cura de las angustias y nadie hable de las croquetas.

Años más tarde se lo volvía a contar como una historia familiar y él se acordaba.

—Aún sigo esperando una respuesta —me dijo.

Y era cierto, siempre fue una de sus inquietudes, cuando comenzó a dibujar en el colegio y le pedían que pintase un paisaje, pintaba el cielo como lo hacen los críos: con una franja azul en la parte superior de la hoja, pero además añadía dos gruesos trazos negros a los lados, como soporte a ese cielo que, de alguna forma, se tenía que sujetar.

¿Quién sujeta el cielo?, sigue siendo aún la pregunta.

Sólo se me ocurre decirnos que el cielo comienza en la tierra porque la vida eterna se inicia con nuestra vida de ahora y hay que saber vivirla.

Y para saber vivir tenemos que permanecer alerta y en búsqueda.

En búsqueda hasta sentir a Dios.

Nunca dejéis de buscar.

2

Tierra Santa

Esta es una historia íntima, sin importancia, pero quiero que vosotros la conozcáis. Hace unos años hice un viaje a Tierra Santa sin planearlo, en realidad fui a acompañar a mis padres, vuestros abuelos. Muchos cristianos lo hacen, Tierra Santa es «el quinto evangelio», te permite poner a las escrituras el paisaje, los colores, la temperatura, las distancias, la luz, haciendo que suenen distintas y con más sentido. Se perciben muchos detalles y esos detalles son importantes: convierten lo abstracto en concreto.

Aunque quizá lo más importante es que en Tierra Santa no sólo rezas, sino que entras en un «estado de oración». Recorres los pasos de Jesús y sin quererlo pasas el día rezando hasta que es tu propia oración lo que se convierte en el verdadero viaje. Es frecuente ver a los turistas quedarse mirando un paisaje aparentemente trivial. Se sientan en una roca o, incluso, en la acera y se

quedan callados, ajenos a lo que ocurre. En realidad se están dando cuenta de que su vida debe tener un sentido, y se preguntan:

—¿A dónde me está llevando la vida sin darme cuenta?

—¿A dónde querría ir?

—¿Soy feliz?

—¿Para qué vivir?

—**¿Para quién vivir?**

—¿Quién es Dios?

—**¿Quién es Dios para mí?**

El viaje se transforma en un viaje a su interior en el que descubren, o quizá intuyen, que existe un nuevo camino o, al menos, una actitud nueva, una nueva forma de caminar. Abandonan sus fardos inútiles y, en ese momento de lucidez, encuentran que el sentido de su vida es una meta concreta, una misión. Han dejado de ser turistas para convertirse en peregrinos, quizá porque han entendido que su misión está más allá de ellos mismos, que su misión es caminar (vivir) para alguien.

Somos peregrinos en las vidas de quienes queremos.

Yo me marché a Tierra Santa cargando con el «Dios Yincana». La Yincana —lo sabéis— es ese juego en el que los participantes tienen que realizar una serie de pruebas (disfrazarse, conseguir objetos, hacerse determinadas fotos) y gana el primero que las consiga todas. El objetivo de mi vida consistía en salvarme y para salvarme tenía que cumplir con una serie de obligaciones como si fueran las pruebas del juego. Pero eran demasiadas, imposibles de cumplir, y el pecado y la culpa se escondían en todas partes. Era una religiosidad tensa y agotadora, ahora me doy cuenta que infantil: una fe trabada, sin vida real, alejada de mi

compleja realidad de adulto. Es verdad que, de alguna forma, entendía que algo tenía que ver con Dios, pero con un Dios incomprensible, aparentemente estático y mudo, con quien me era difícil comunicarme: uno para adorar más que para amar y con el que nunca fui capaz de negociar mis pecados.

También me llevaba, sin saberlo, un comentario de uno de vosotros, de su primer día de clase, entonces empezaba segundo de primaria.

Cuando llegó del colegio le pregunté:

—¿Qué libros tienes?

Y él contestó:

—No me acuerdo.

Le seguí preguntando:

—¿Qué días tienes gimnasia?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama tu profesor?

—Ni idea, tiene barba, creo —no estaba seguro de haberle mirado la cara.

Con cierta tensión, le dije:

—¿Pero tú qué has hecho en el colegio?

Y con la naturalidad de un crío, me contestó:

—Hablar con Drodriego Dromínguez de por qué los colibrís vuelan para atrás.

Me hizo gracia, lo reconozco, quizá fueran sus ojos sinceros, o su desparpajo, o su forma de decirme que no tenía ningún miedo

a lo que yo le pudiera reprochar. Porque, quizá, yo le debí reprochar que no se me ocurría nada más descentrado para empezar un curso, que hablar de por qué los colibrís vuelan para atrás con Drodriigo Dromínguez, en vez de esforzarse en aprender el nombre del profesor, o al menos de mirarle a la cara y ver si tenía barba o no.

Me callé los reproches porque pasó algo aún más sorprendente: desde aquél momento los colibrís cambiaron. Antes eran unos pájaros más o menos absurdos, pequeños como un abejorro, con —por lo visto— tanto gasto energético que, si no comen lo suficiente, se caen al suelo en una especie de coma de agotamiento. Nunca he visto ninguno y no creo haberles prestado más atención que mirar algún documental en televisión. Pero desde que supe que a alguno de vosotros os interesaba, para mí son distintos. Me apetece saber de los colibrís, los veo en todas partes: en anuncios, libros, dibujos, telas, y tengo verdadera curiosidad de saber por qué vuelan para atrás. Con eso quiero decir que, a mí, ese pasajero interés, me ha transformado. ¡Aunque los colibrís sigan siendo el mismo pájaro y a él, al poco tiempo, se le olvidara! Lo que me ha transformado es que un hijo lo quisiera compartir conmigo.

Me fui, en definitiva, con una pequeña muestra en el inconsciente de esa ternura de la que os tengo que hablar.

3

La pequeña historia de mi conversión

Es curioso lo del espíritu, llevamos una fuerza inmensa dentro, sin saberlo, como un océano. Y se desata en ocasiones sin motivo, otras cuando algo lo provoca. ¿Creéis en los milagros? Os aseguro que una talla de madera por bien tallada que sea, o una piedra milagrosa, no tienen poder alguno. Los milagros los genera la fuerza que llevamos dentro, el espíritu arrollador, la fe que puede mover montañas —eso dijo Cristo—. En ocasiones son curaciones inexplicables para los médicos —remisiones espontáneas, las llaman—, otras el salir ilesos de un accidente en contra de cualquier ley física, pero **quizá el milagro más frecuente es un conocimiento profundo, no por superior, sino por afectar en profundidad a lo que eres, al mostrarte una verdad que te libera y te transforma.**

Recuerdo el momento en que me convertí en peregrino, fue en un amanecer frente al lago de Tiberiades al observar su agua

transparente, mansa, con lecho de piedras. Cuando la oración se convierte en el conocimiento profundo sobre la propia vida, a menudo te hace sentir una sensación física, muy cálida, que te cubre el cuerpo, como si te arropasen en un día de frío. Sientes la presencia de Dios de forma parecida a cuando estás junto a alguien que quieres y sabes que se encuentra a tu lado sin necesidad de mirarle:

—¿Estás aquí? —le pregunté.

Me quedé callado mientras miraba alrededor y, después, añadí un comentario trivial:

—Así que esta es tu Tierra Santa.

—**Tú eres mi Tierra Santa — sentí que me contestaba.**

Y de alguna forma lo entendí:

—Soy tu padre y tu peregrino: tu vida es mi Tierra Santa, la que hemos atravesado juntos, la única que me importa.

—No busques lejos un sentido: tú también peregrinas en la vida de tus hijos.

Entonces me acordé de cómo mi espíritu se agitó cuando nacisteis. Desde que os vi por primera vez me hicisteis sentir un amor arrollador: un amor en términos absolutos, sin límites, ni miedo a perderlo, ni razones (el corazón sabe lo que la mente ni siquiera intuye). Un amor que también me hizo sentir la necesidad física de cuidaros. Nada de lo que os ocurre me es indiferente: lo que es importante, sin duda, pero también lo pequeño e incluso lo absurdo. Me acordé de esos colibrís que vuelan hacia atrás y de otras muchas imágenes vuestras, sorprendido al entender cómo me habíais cambiado, y sólo pude decir:

—¡Cuánto los quiero!

Y pude comprender el mensaje nítido de Dios que me susurraba en aquella roca del lago: ese amor de padre es el mismo que él siente por mí. Dios siente ternura hacia mí como yo hacia vosotros, Dios tiene una dependencia total de mí, Dios sufre conmigo, Dios se alegra conmigo, Dios camina conmigo y peregrina en mi vida. Dios siente la necesidad de cuidarme. Cualquier cosa que me ocurra le transforma porque soy su hijo y su criatura.

4

La ternura

Explicar la ternura no es sencillo, una vez lo intenté en una carta que escribí a vuestra madre¹ y, desde entonces, no he sido capaz de hacerlo mejor.

«Hola guapa. ¿Te acuerdas de la primera vez que vimos a cada uno de nuestros hijos? De su cara congestionada y su piel mantecosa, de las piernas ligeramente arqueadas y llenas de pliegues que creaban una orografía por la que caminábamos con los dedos, del cordón umbilical como un cable azul arrancado de la luz, de los pequeños dedos de la mano con sus uñas minúsculas y perfectas, de sus llantos como gemidos de gato, de sus bostezos ovalados que les ocupaban toda la cara de porcelana alterando su proporción, de sus ojos grises y acuosos que se abrían a penas

¹ Del libro: Cartas de amor a Hortensia

un segundo desvelando, en aquellos cuerpos de apariencia tan frágil, la fuerza arrolladora de la vida. A mí me gustaba ponerme encima, sobre el pecho, para notar su aliento en mi cuello y su peso ligero que subía y bajaba al respirar. Se adormecían en seguida y se dormían, completamente vencidos y a gusto, porque a los críos pequeños les gusta el movimiento y el calor. Lo hacía a escondidas de vosotras, las mujeres, para que no me criticarais: «lo mal acostumbras», me decías tú, me decía mi madre, «después querrá brazos para dormir», sin daros cuenta de que era yo quien los necesitaba. Así me recuerdo ahora: mirándolos a cada uno con fijeza y a escondidas; a veces me ponía a contarles los dedos de las manos para hacerme a la idea de que hacía algo de provecho, pero en realidad sólo los miraba con ojos del que está ante una alucinación, con ojos de alucinado: el amor absoluto tiene algo de desconcierto.

He pensado mucho en la paternidad desde entonces. Es una onda expansiva benigna que arrasa a quien la siente y le transforma. Lo he visto en mí mismo y en mis hermanos y amigos: en cada acción, en cada conversación, intrínsecamente están nuestros hijos. Habrá quien diga que es un error pensar así, que lleva a una percepción de propiedad errónea: los hijos no pertenecen a los padres. Pero no es un error: los hijos no son nuestros, nosotros somos de nuestros hijos. El padre se parte a sí mismo para formar al hijo y crea su cuerpo, su mente y su espíritu; pero, una vez formado, el hijo posee al padre aún sin saberlo.

Así me siento yo y sé que tú también. Sin ellos no sé lo que sería: alguien con la capacidad de amar desperdiciada; alguien muy distinto, sin duda, que ahora no querría ser o con quien no sería capaz de identificarme. ¿Sabes que aún me ven como a un hombre fuerte, sin miedo a nada? ¡Yo, que sufro por todo! Somos tú

y yo su referencia, una especie de ancla que les une a una tierra segura que les protege. Todavía por la noche vienen a nuestro cuarto cuando tienen miedo, aunque lo escondan detrás de algún dolor, y respiran tranquilos cuando les tocamos la frente para saber si tienen fiebre. Para ellos somos un lugar a salvo en el que pueden vivir otra vez despreocupados como los niños que aún son aunque el pequeño hoy haya cumplido dieciocho años y los mayores estén en la veintena. Su hogar es su infancia, como para nosotros fue la nuestra. Su patria, por tanto, es también su infancia: el sentimiento de estar protegidos, el sentimiento de pertenencia en donde posees a tus padres sin saberlo».

Eso le escribí.

Aún os miro con cara de alucinado a escondidas.

Y me hace gracia ver a padres modernos, con peinados de diseño y llenos de tatuajes, mirando con esa misma cara a sus hijos mo-fletudos —sorprendentemente vestidos con encajes.

Después, en el mar de Galilea, me vi a mí mismo como hijo y a Dios como a mi padre, y sólo pude decir: Dios me ama así y me mira así.

Desde entonces trato de encontrarme con él y sentir su presencia.

Ahora me gustaría encontrarlo con vosotros.

Porque me habéis mostrado a Dios al convertirme en padre.

Vosotros habéis sido mi conversión.

SEGUNDA PARTE

Tener fe es dejarse amar

1

¿Y si no fuera tan complejo?

¿Por qué tendemos a hacer tan complejo a Dios?

Recuerdo la primera vez que uno de vosotros tomó conciencia de lo que era una iglesia. Entramos antes de que comenzase la misa, nos quedamos en silencio en un banco y él, en vez de corretear por el pasillo como había hecho hasta entonces, miró al altar y vio un Cristo en la cruz.

—¿Quién es ese? —me preguntó.

—Jesús —le dije, él ya sabía quién era Jesús, habíamos rezado muchas veces pero nunca ante un crucifijo.

—¿Qué hace?

—Está en la cruz.

—¿Y qué hace en la cruz?

—Está muerto.

—¿Muerto?! —la verdad es que para un niño no es evidente ver a un crucificado y pensar que está muerto, le es más razo-

nable pensar que está, simplemente, colgado de forma extraña.

—Sí —le dije yo acariciándole el pelo ante su impresión (aún lo hago).

—¿Y quién lo ha matado?

—Los malos —le dije para abreviar, era muy pequeño para explicarle que habían sido un grupo de hombres en nombre de la estupidez humana (no de su religión).

—¡Ah!, ¡ya!, ¡o sea, todos esos! —y señaló las estatuas de San Mateo con el hombre alado, San Marcos con el león, San Lucas con el buey, San Juan con el águila, Moisés con las tablas de la ley, Abraham con el haz de leña, y algún santo más que no recuerdo, unos al lado de los otros, custodiando las paredes de la Iglesia.

—No, no, esos no —le contesté rápido, trabucado, con cierta aprensión.

—Pues lo parecen.

Una de las cosas increíbles de la paternidad es volver a descubrir la vida a través de los ojos de tus hijos.

Los ojos de un niño ven lo que los ojos de un adulto no ven: con la edad también se incrementa la presbicia del alma.

Y aquello fue una lección.

Me enseñó que a los adultos nos gusta el Dios crucificado, el Dios extraño, el Dios que se retuerce, el Dios en su tormento, el Dios que nos impresiona y nos puede provocar repulsa.

Parece una proyección de nuestra relación con Él: lo que pensamos lo representamos en las estatuas.

¿Pero y si no fuera tan complejo?

Supongo que estaréis poniendo cara de extrañeza y os preguntaréis: ¿de verdad lo hacemos tan complejo?

Quizá, para que lo entendáis, deberíamos hacer un experimento en casa.

Me gustaría que escribierais una carta diciendo cómo creéis que nosotros —vuestra madre y yo— os queremos. Al mismo tiempo escribiríamos nosotros otra, tratando de explicarlo, con atención a los detalles. Después compararíamos las dos cartas.

Pienso que serían muy distintas. Vosotros necesariamente tendríais que describir lo que nosotros sentimos a través de vuestra subjetividad: de vuestra percepción y de vuestra etapa vital, también desde vuestras ideas y de la forma parcial de entender la educación que os hemos dado.

Probablemente vuestra carta sería compleja porque en ella se describiría más cómo sois vosotros que la realidad de lo que nosotros sentimos.

Es posible que, nuestro amor, quedase como un amor trabado, lleno de condiciones.

Y no es así.

La paternidad no es compleja, fluye de forma tan natural que no nos damos cuenta.

Nuestra carta sería muy distinta.

«Hijo —os diríamos a cada uno— eres carne de mi carne, alma de mi alma, amor de mis amores».

Lo padres amamos por encima de cualquier cosa, ante cualquier circunstancia.

Y nosotros, todos, somos amados con pasión por un Dios padre.

El gran reto para los Cristianos es tratar de descubrir la mirada con que Dios nos mira.

Y después ser capaces de mirarnos con ella.

¿Crees en Dios? ¿Crees que es padre? ¿Crees, entonces, en su ternura? ¿Crees que puedes llegar a sentirla? ¿Y si ya la sintieras? En este libro que escribo a mis hijos, les cuento cómo fueron ellos quienes me revelaron la ternura de Dios al convertirme en padre. “Dios me mira y me quiere como yo los miro y los quiero” —pensé un día, frente al mar de Galilea, y me cambió la vida—. Después he tratado de mostrarles, a través nuestras historias familiares y de la forma más sencilla que he sabido, la fuerza transformadora de esa ternura. Y cómo sentirla fue mi conversión.

